

NOTA EDITORIAL

Con el presente número se entrega la segunda y última parte de las actas del III Simposio Internacional de Arqueología PUCP, el que llevó como título *Huari y Tiwanaku: modelos vs. evidencias*, y que se celebró entre el 18 y el 20 de agosto del 2000 en la Pontificia Universidad Católica del Perú. El número anterior, con 615 páginas, 557 figuras, 17 tablas y 31 encartes a color, tuvo una acogida nacional e internacional extraordinaria y fue presentado en la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga el 14 de junio de 2001, en el marco de la celebración del XL aniversario de la creación de la Facultad de Ciencias Sociales, con la presencia del Dr. Jesús Enrique González Carré, ex rector de dicha universidad.

En este número se presentan los trabajos leídos en las mesas redondas 4 (*Huari y Tiwanaku en el sur del Perú*), 5 (*Tiwanaku y el área del Titicaca*) y 6 (*Tiwanaku en el sur [Bolivia y Chile]*). En ellas participaron Mary Glowacki (Gordon McEwan no pudo asistir), Johny Isla (en representación de sus colegas William Ryan y Donna Nash), Bruce Owen (Paul Goldstein estuvo impedido), Justin Jennings y Krzysztof Makowski. En la mesa redonda 5 estuvieron presentes Alexei Vranich, Jean-Pierre Protzen y Stella Nair, así como John Janusek y Charles Stanish. Lamentablemente, los colegas bolivianos Javier Escalante y Eduardo Pareja se disculparon poco antes del inicio del evento por problemas imprevistos. Finalmente, en la mesa redonda 6, Marianne Veters, Mauricio Uribe y Carolina Agüero, y Constantino Torres presentaron sus trabajos; el trabajo de Emily Stovel fue leído. Estuvieron ausentes los colegas bolivianos Pablo Rendón y Ricardo Céspedes. William H. Isbell y el suscrito dieron sus reflexiones para finalizar el evento.

A esta ausencia de los arqueólogos bolivianos, quienes no pudieron entregar sus manuscritos para la publicación, se suma el hecho de que Marianne Veters tampoco pudo completar su trabajo, lo que dio como resultado una disminución lamentable de la información prevista y necesaria para el sitio de Tiwanaku y las evidencias tiwanaku en Bolivia. La posterior inclusión de los trabajos de Martti Pärssinen, Matt Bandy y Alvaro Higuera, que aparecen en la sección *Notas*, es una solución que no puede llenar esta laguna. Junto con los otros trabajos relacionados —al que se debe añadir el de JoEllen Burkholder— se presenta, sin embargo, un compendio importante de muchos datos nuevos o poco conocidos que enriquecen la discusión acerca de este tema crucial.

Aparte de los autores nombrados, se incluyeron otros trabajos a pedido de colegas que querían participar con contribuciones. Se trata de Michael Malpass, Shinya Watanabe, Carlos del Aguila, Javier Alcalde y Fernando Fujita, así como Johny Isla, con otro aporte fuera del realizado sobre Cerro Baúl. Bruce Owen y Paul Goldstein ofrecieron un segundo trabajo, el cual también se incluyó en este número. Varios de ellos retomaron el tema de Huari, por lo que resulta un predominio general de los aportes referentes a éste último: ambos números contienen un total de 36 artículos y 11 notas, 25 tratan de Huari, 14 están relacionados con Tiwanaku y ocho se ocupan de ambos. Un caso especial fue el artículo de Joerg Haeberli. Por tratarse de material exclusivamente proveniente de contextos saqueados —tanto recogidos en el campo como estudiados en colecciones— esta aparición podría malentenderse como apología a estos actos de depredación del patrimonio arqueológico. De manera obvia, nadie —ni el autor ni los editores— se identifican con tales propósitos. La razón de incluir este material reside, en primer lugar, en su **gran importancia** para el conocimiento arqueológico de una zona completamente ignorada por los arqueólogos y, por ende, terreno indisputado de los saqueadores. Es otro caso más —Conchopata fue el principal en las discusiones del evento— de una destrucción impune que hay que acusar de manera decidida (léase párrafos siguientes).

Con ello se llega a un total de 66 autores de 10 países que han contribuido en los dos volúmenes, lo cual convierte a éstos en un aporte fundamental. La gran cantidad de ilustraciones, muchas de ellas en color, presentan un amplio conjunto que gráficamente visualiza la complejidad de los testimonios materiales que forman la base de la discusión.

En una lectura de los trabajos presentados en este número se puede tener la impresión de que varios autores confundieron las conjunciones indicadas en el título del evento, en el sentido de *Huari vs. (u/o) Tiwanaku*, así como *Evidencias y (o) modelos*. La separación o la omisión de temas relacionados refleja la ausencia o escasez de estudios comparativos a favor de una especialización de temas más puntuales. Los modelos largamente aceptados, relacionados con estados expansivos, su formación, ocaso, funcionamiento y carácter de poder y control, relaciones centro-periferia, etc., sólo pueden ser, sin embargo, viables ante una discusión que incluya tanto los fenómenos interiores de los centros como los que se ubican aún fuera del ámbito de su control; con otras palabras, buena parte de los Andes, desde al menos el Ecuador hasta Chile y Argentina.

Ante estas divergencias, causadas por nacionalismos, formaciones académicas y orientaciones teóricas diferentes, así como otros factores, se plantea la necesidad de presentar una visión más integradora y crítica. Nos abstuvimos de ofrecer una síntesis después del primer número, pero era ineludible hacerlo para éste tomando en cuenta las contribuciones en su totalidad. La idea original era escribir una sola contribución basada en una apreciación compartida entre los editores. Lamentablemente, la distancia, los diferentes compromisos y la premura de la publicación impidieron este proyecto, por lo que optamos por presentar contribuciones separadas en las que se reflejan posiciones resultantes de largas conversaciones al lado de otras nacidas de las formaciones diferentes de ambos. En consecuencia, muchos de los temas tratados en ambos artículos se parecen, coinciden o divergen. Las repeticiones, en cambio, no me parecen reiterativas y, por tanto, no son innecesarias dentro de los contextos mayores en los que aparecen, pero el lector se puede formar su propia opinión.

William Isbell es más conciso y incisivo en sus comentarios más puntuales y trata de dos temas que no aparecen en mi aporte, los que merecen algunos comentarios. En primer lugar, tanto Isbell como yo notamos la incongruencia de la ortografía de los términos usados referente a Tiwanaku y Huari, por lo que él propone una nueva y más coherente. Estoy básicamente de acuerdo con ello, aunque esta propuesta, de manera obvia, está dirigida a los expertos cuyos comentarios al respecto serán bienvenidos. Si no me he adherido a su sugerencia en mi artículo final, se debe al afán de no cambiar la ortografía adoptada en mi artículo del número 4 del *Boletín*. Quisiera agregar otro punto relacionado. En la ortografía correcta del castellano, los adjetivos se escriben con minúsculas. En consecuencia, los nombres de estilos también se escriben con minúscula si se trata de su uso como adjetivo. Optamos por esta ortografía desde los números anteriores, pero hemos notado que varios autores, sobre todo los extranjeros, desconocen esta regla y les extraña debido a reglas diferentes en sus idiomas.

Otro punto es el delicado asunto de la legislación del patrimonio y su deficiencia en la aplicación de casos reales. Como ya queda mencionado, los periodos tratados en estos dos números no escapan de esta problemática, por lo cual los arqueólogos —tanto extranjeros como nacionales— tienen el deber de adoptar un papel más activo con el fin de oponerse a la indiferencia y, lo que es peor, al afán de lucro que fomenta o causa esta destrucción generalizada. Conuerdo plenamente con la posición de Isbell, aunque comparto con él un cierto escepticismo ganado en décadas de la confrontación con este flagelo, en las cuales no hubo mejoría alguna pese a innumerables discusiones y manifestaciones políticas en su favor y en distintos niveles. Desde hace algún tiempo, las espectaculares tumbas de Sipán han captado la atracción mundial y han merecido la instalación de un museo imponente, inaugurado en fecha reciente. ¿Cómo habrá sido origi-

nalmente el contexto de la imponente estructura funeraria de Monqachayoq, en el sitio de Huari, y cómo los de Tiwanaku, entre otros innumerables contextos funerarios de elite? Algunos de ellos, con seguridad, alcanzaban el esplendor de Sipán, o aún lo superaban, pero nunca lo sabremos con certeza.

Mi contribución final trata de enfatizar el concepto de una arqueología comparada, en la cual las manifestaciones materiales deben tratarse en su correcto aspecto sincrónico y diacrónico —de ahí la importancia fundamental de la cronología— dentro de una especie de redes de comunicaciones que abarcan todo este espacio enorme que se refleja puntualmente en los trabajos presentados. Es, por tanto, un enfoque histórico-político que sólo se entenderá si se aplican principios teóricos apropiados con una narrativa consecuente, en vez de divagar en asuntos puntuales, apreciaciones personales infundadas, confusiones conceptuales, etc. Los complejos «fenómenos» presentados por Huari y Tiwanaku —y sus interrelaciones entre ambas y con sistemas políticos diferentes— sólo se entienden por medio de comparaciones sustentadas de material contextualizado y debidamente fechado ante un trasfondo teórico compartido. Las reflexiones presentadas, en este sentido, se entienden como sugerencias en esta dirección.

Este número finaliza, como en los anteriores, con una sección de reseñas a cargo de los editores. De acuerdo al tema principal de este número, está dedicada a obras que versan sobre la temática de la arqueología de los Andes surcentrales, en particular el problema de Tiwanaku.

Por primera vez hemos optado por dedicarle un número a una colega. Gracias a una sugerencia de William Isbell, con la que concuerdo, queremos conmemorar a Karen Mohr-Chávez. Su importante aporte a la arqueología de los Andes surcentrales, tanto del área peruana como de la boliviana, merece plenamente esta dedicatoria.

En cuanto a los agradecimientos, quiero volver a darle mis gracias muy especiales a Bill Isbell, quien de nuevo ha apoyado de manera decidida la realización de esta obra. En particular, le estoy muy agradecido por haberme facilitado la visita a Ayacucho, así como por brindarme su hospitalidad. Allá pude ver el impresionante material de Conchopata, el sitio, así como Huari y otros complejos. También agradezco a los autores que han contribuido para este número y por su comprensión en relación con los problemas que suelen aparecer en los trabajos de edición. En cuanto a la publicación en sí, en primer lugar merece mi reconocimiento especial el Sr. Rafael Valdez, quien de nuevo se encargó con entusiasmo de los complicados trabajos de edición (redacción, corrección, diagramación y cuidado de edición en imprenta). Al Sr. Dante Antonioli, gerente del Fondo Editorial, por su comprensión y apoyo decisivo ya mostrado en múltiples ocasiones anteriores. Debo mencionar el apoyo en estos trabajos de Patricia Chirinos, Carlos Molina, Ursula Muñoz, Martha Palma, Candy Sueyoshi y Ruth Zea. Lourdes Franco colaboró en la confección de los mapas de ubicación que anteceden a los textos en ambos números, y el diseño de la carátula de este último.

En la edición de éste y los anteriores números del *Boletín* se contó con la ayuda en forma de equipos informáticos de la Dirección Académica de Investigación de la PUCP (DAI). Agradezco la ayuda brindada de los directores sucesivos de esta unidad, Dra. Liliana Regalado de Hurtado, Ing. Eduardo Ismodes y Dra. Margarita Suárez, así como de su respectivo equipo de trabajo, en especial el Sr. Carlos Chávez. Igualmente agradezco al Dr. Krzysztof Makowski, Jefe del Departamento de Humanidades, por su interés en la publicación de este número.

Quisiera agradecer de nuevo a todas las personas que han hecho posible la realización del evento del año 2000 (véase número anterior, Nota editorial). Sin nombrarlos a todos nuevamente, quisiera reiterar mis agradecimientos al Dr. Krzysztof Makowski, la Dra. Patricia Harmann, Jefa de la Oficina de Eventos, a su equipo y el grupo de apoyo de estudiantes de nuestra especialidad. Con su

apoyo económico para el evento, el Dr. Jean Vacher, Director del Instituto Francés de Estudios Andinos, el Dr. Rafael Varón, de la Fundación Telefónica, y el Sr. Christopher Ward y otras personas de la Embajada de los Estados Unidos no sólo lo hicieron posible, sino contribuyeron también con la realización exitosa de la publicación completa de las actas.

Antes de terminar, quisiera mencionar la realización del IV Simposio Internacional de Arqueología, llevado a cabo entre el 16 al 18 de agosto del 2002, también en el campus de esta casa estudios. Este simposio fue organizado nuevamente por el suscrito, apoyado esta vez por Gary Urton (Universidad de Harvard), y Ian Farrington (Australian National University, Australia). Con la experiencia grata del III Simposio, volvimos a diseñar un tema «internacional», pero esta vez con el apoyo de colegas cuya especialidad es la etnohistoria. Este tema fue *Identidad y transformación en el Tawantinsuyu y en los Andes Coloniales. Perspectivas arqueológicas y etnohistóricas*. La acogida ya sorprendentemente entusiasta del III Simposio fue superada en este evento. Participaron más de 60 especialistas, entre los cuales se puede nombrar a Thérèse Bouysse-Cassagne, Frances Hayashida, Catherine Julien, Sabine MacCormack, María Rostworowski, Inge Schjellerup y Myriam Tarragó —quien no pudo asistir, pero envió su trabajo—, así como Carlos Aldunate, Craig Morris, Martti Pärssinen, Frank Salomon, Juan Schobinger, Charles Stanish y Tom Zuidema, además de los organizadores. Esto hace un total de 13 países de Europa, ambas Américas, así como el Japón. Todos ellos, y otros invitados para la sección *Notas*, contribuirán en las próximas apariciones (probablemente los números 6, 7 y 8 [2002, 2003 y 2004]) de nuestro *Boletín*, con los cuales estaremos ocupados en los próximos años. Estamos seguros de que estas publicaciones realzarán de manera significativa el prestigio ya ganado.

PETER KAULICKE